



Pedro de Angelis

Informe de don Basilio Villarino, Piloto de la Real Armada, sobre los puertos de la Costa Patagónica

Oficio del Superintendente

Como ninguno de cuantos sujetos hay en este establecimiento han trabajado como usted, en los reconocimientos de la costa del mar, puertos, ríos y terrenos, ni tienen tan general inteligencia en estas materias, me informará usted si por la dificultad que se experimenta en la navegación de este río, y la barra de su boca, que no permite paso para más embarcaciones que pequeñas, está imposibilitada y defendida por naturaleza la comunicación que puede temerse de los enemigos de la corona; teniendo presente en este informe los puertos de San José y San Antonio, como todo aquello que usted advierta y pueda conducir sobre los frutos que ofrecen estos terrenos, aguas, indios, y demás que hay en cuanto a reconocido, y noticias que ha adquirido.

Dios guarde a usted muchos años. Fuerte del Carmen, Río Negro, 19 de abril de 1782.

Francisco de Viedma
Señor don Basilio Villarino.

Respuesta

Muy señor mío: En cumplimiento de la orden de usted, en que me manda en primer lugar, le informe si por la dificultad que se experimenta en la navegación de este río y la barra de su boca, que no permite paso para más embarcación que pequeña, está imposibilitada y defendida por naturaleza la comunicación que puede temerse de los enemigos de la corona, teniendo presente los puertos de San José y San Antonio, debo decir a usted, que no sólo no está defendida e imposibilitada por naturaleza la expresada comunicación de los enemigos de la corona, sino que la naturaleza misma tiene franqueada y facilitada la entrada por la barra de este río, con cuantas embarcaciones, municiones y pertrechos quiera conducir a él cualquiera enemigo: probaremos esta verdad a fin de no dejar lugar a la duda. Es evidente que la naturaleza formó el pueblo de San José, tan limpio él y su entrada, que cualquier escuadra sin práctico alguno, puede entrar y fondearse dentro con toda seguridad; y en todo esto está la facilidad y franqueza con que la naturaleza tiene proporcionada la entrada de la barra de este río; porque ¿qué dificultad puede haber en que venga una escuadra enemiga al Puerto de San José, y con ella un número suficiente de embarcaciones del porte de las con que navegamos este río, y desde dicho puerto, vengan estas con los transportes y pertrechos necesarios, y entren por la barra como nosotros diariamente lo estamos haciendo? Ciertamente que ninguna, y más cuando es una navegación con tiempo hecho tan corta, que se puede hacer de 12 ó 14 horas, y no sólo con embarcaciones de porte de las que en el día navegamos, sino con chalupas como las que en el día entran sirviendo en este río para conducir paja; como se les ponga cubierta, se puede barquear desde el Puerto de San José a este río, y al contrario. Y para inteligencia de esta corta navegación y seguridad del Puerto de San José, tengan el plano por mí levantado de esta costa y dicho puerto a la vista, por si hubiere alguno que quisiera contradecir este informe.

En las embarcaciones que están entrando y saliendo en este río, y navegan desde él a Buenos Aires, no tengo yo la menor dificultad en navegar con ellas a Europa y a cualquiera parte del globo, pues son suficientes para ello. Del mismo modo, embarcaciones de igual porte pueden venir de cualquiera parte del globo al Puerto de San José, conducidas por los enemigos; y viniendo estas acompañadas de algunos navíos, que traigan lo necesario para lo que quieran intentar -117- al Puerto de San José, de allí con muchísima facilidad pueden venir a este río con las embarcaciones menores, dejando los navíos asegurados en dicho puerto; y aun en las mismas lanchas de los navíos, previniéndoles falcas, pueden venir al Río Negro.

Después de haber llegado al Puerto de San José al principio de la expedición, y después de haberse abandonado la entrada de éste por el capitán graduado don Pedro García, y el primer piloto de la real armada don Manuel Bruñel, se me mandó a mí a dicha comisión con el bergantín que hoy tengo a mi cargo. Salí del Puerto de San José, y conseguí su entrada; y después de mi regreso a dicho puerto, dispuso usted venir a este río, con el expresado bergantín de mi cargo, y la zumaca, San Antonio la Olivera, y hemos entrado en él con la facilidad y felicidad sabida. Pues ¿por qué no podrán ejecutar esto mismo los enemigos de la corona? ¿No son

hombres como nosotros, y nada menos peritos en la navegación? ¿Y últimamente no estamos entrando y saliendo diariamente en el río? ¿No le consta a usted que yo he entrado y salido de noche y de día con vientos contrarios, y aun ahora entré con vientos enteramente opuestos a la entrada, como lo pueden certificar los tres capitanes, don José Ignacio de Merlos, don Nicolás García y don Pedro García, sin que el viento ni la naturaleza me lo hayan estorbado? Pues ¿por qué ésta ha de defender la entrada en este río a los enemigos de la corona, y a nosotros se nos ha de demostrar tan propicia, que ni la barra, ni los vientos contrarios, ni las noches, dejan de franqueárnosla? ¡Y es posible que caigamos en tal error! Me parece que deyo suficientemente probado, que la naturaleza tiene auxiliado con el Puerto de San José la entrada de este río a todos cuantos quieran venir a él, y que no está defendida por ella; antes bien soy de sentir, y se evidencia de las razones expuestas (omitiendo otras muchas por no abultar este informe) que el arte debe intervenir para defenderla por medio de la fortificación.

Asimismo deyo aparte el Puerto de San Antonio, pues con el de San José tienen bastante auxilio los enemigos de la corona para venir a este río, y para ejecutar desde él todas las operaciones a que los conduzcan sus ideas. Para cuya inteligencia tocaré aquí algo sobre los males que se nos podrían originar en caso de que los enemigos llegasen a fijarse en el Puerto de San José, Río Negro o Colorado.

En el Puerto de San José puede muy bien permanecer considerable -118- tiempo cualquiera escuadra llevando víveres, respecto de que tiene agua dicho puerto, aunque retirada muy cerca de cuatro leguas de la playa; pues sólo en la media circunferencia de una salina tiene más de 30 manantiales de agua corriente; en cuyo supuesto, llevando carretas y animales para conducirla, ya puede permanecer; pero más fácil en embarcaciones menores se puede conducir de este río a dicho puerto. Fijados que fuesen en este río y Puerto de San José los enemigos, ya estaban en proporción de invadir a Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Valdivia, Valparaíso y otros muchos pueblos; pues aunados con los indios que habitan estos vastos países, sería dificultosísimo hacerlos retroceder.

La guardia que usted ha proyectado en el Choelechel, debe usted tener presente que, además de ser útil para contener los indios, lo más importante de ella, y por donde en mi juicio se hace absolutamente necesaria, es porque sirve para tener los indios retirados de las orillas del mar, que en ellas nos pueden ser tan perjudiciales en caso de ser invadida esta costa por los enemigos de la corona, con quienes se podrían unir por su propio interés; y convendría mucho tener siempre los indios retirados de los puertos, para en caso de que sucediese lo que llevo dicho, no tuviesen la facilidad de hallarse con ellos, ni aun que los indios tuviesen ni pudiesen adquirir tal noticia.

Dejo otras ventajas que nos proporcionaría la ocupación de aquel puerto; como son, el tener mucho avanzado para la comunicación de Mendoza; (que de allí la considero cerca) lo que se adelantaría para la descubierta de este río y camino de Valdivia, que podría descubrirse, pues no considero, desde el Choelechel a aquel presidio, más de 100 leguas de distancia en línea recta, poco más o menos. Ténganse, para esta inteligencia a la vista las cartas geográficas, y las ventajosas tierras que tiene este río, según

contestan todos los indios, en las que hay maderas muy altas y muy derechas, y montes de manzanas, que la naturaleza ha producido, cuyas señales parece que indican ser un terreno fértil. Pero si no vemos, si no andamos, si no descubrimos, siempre estaremos metidos en nuestra ignorancia, y tal vez algún tiempo nos enseñarán los extranjeros nuestras propias tierras, y lo que nosotros debíamos saber; pues no puedo ver que un inglés como Falkner nos está enseñando, y dándonos noticias individuales de los rincones de nuestra casa, que nosotros ignoramos. Suspendo hacer la descripción del Choelechel, por cuanto con bastante difusión, lo tengo manifestado a usted antecedentemente. Tampoco quiero hablar de las numerosas indiadas que precisamente los obliga a transitar por este paso, y los estragos que causan a Buenos Aires, porque -119- de todo ello tiene usted muy largas noticias y conocimiento. Voy sólo hacerme cargo de cuanto pudiere impedir a los enemigos de la corona la ocupación de este sitio; pues impidiéndoles por medio del fuerte o guardia que usted tiene proyectado, el tránsito a las costas del mar, no pueden auxiliarse de los enemigos de la corona, y en esto es a donde me parece que se debe poner el mayor empeño, porque el doméstico es el peor. Dicen muchos (yo lo he oído diferentes veces), ¿de qué nos puede servir la costa patagónica? ¿Qué hemos de sacar de ella? Y esto por sujetos que tal vez no saben otra cosa que disfrutar sueldos, sin que puedan formar la más mínima idea de lo que es la costa patagónica, ni aun entender el plano más sencillo. ¡Temerario arrojo, que hombres de tales circunstancias quieran penetrar los arcanos del Soberano! Pero para qué me canso, si va cerca de tres siglos que se formó la colonia de Buenos Aires, y todavía no se sabe si hay o no Cabo de San Antonio, estando como suele decirse detrás de la puerta, y está causando una mala navegación su incertidumbre; siendo cierto que en la longitud en que las costas lo figuran, no hay tal cabo; pues yo lo he pasado diversas veces por encima, sin que le haya visto, y de seguro en la longitud de Montevideo, o navegando desde dicho puerto al S, no se halla tierra alguna; y últimamente, si no hubiera sido por el empeño tan fuerte que usted ha tenido en que se descubra por tierra el camino por tierra para Buenos Aires, ¿no se estaría en el concepto de que este tránsito era imposible, como en realidad se creía? Pues habiéndome yo ofrecido a hacer esta descubierta, y a conducir ganados para este establecimiento, en una Junta que se hizo, se me pusieron una multitud de dificultades, y entre ellas era la una que estaba el camino lleno de tantos tembladerales que era imposible el transitarle. Y sin embargo de haberme esforzado de tal suerte, que no quedaba que dudar que eran apócrifas todas aquellas dificultades y noticias, nos hemos quedado como al principio hasta ahora, que ha conseguido la eficacia de usted patentizar el desengaño.

La llanura o valle, por donde baja este río en las 60 ó 70 leguas que yo anduve, tiene bellísimos retazos de tierras dispersas, o separados unos de otros, y son aquellos parajes que logran el beneficio del riego, que frecuentemente les prestan las crecientes del río. Desde el Choelechel para abajo, esto es, siguiendo el río aguas abajo hasta su desagüe, se pueden establecer muchas familias, o hacer muchas chicas poblaciones dispersas o separadas unas de otras, en la misma conformidad que están los buenos terrenos; pero esto tiene el grave inconveniente de la mala

vecindad de los indios, por cuyo motivo enterado usted de estas circunstancias -120- en resulta de los expresados reconocimientos, premeditó usted el citado proyecto. A cuyos fundamentos debe agregarse la utilidad que resultaría al Estado, ocupando este paraje con respecto a los enemigos de la corona.

El Puerto de San José no tiene inconveniente alguno para que deje de ser puerto de arribadas, y puedan refrescar las embarcaciones que allí arriben; allí pueden tenerse 2000 y más cabezas de ganado vacuno, se pueden tener caballos y ganado lanar sin recelo que los indios lo roben. Habiendo ganado, se le puede conducir agua de las fuentes, y ya tenemos los principales renglones que le puede faltar a la embarcación o embarcaciones que allí arribasen. Por medio de cualquiera embarcación se pueden conducir a aquel puerto de este río los refrescos de que allí se carezca. Por tierra cuando no haya allí embarcación se puede traer allí la noticia a caballo, que es viaje de dos días y medio hasta el río; y hasta este establecimiento se pueden tardar cuando mucho cuatro días, y de aquí se puede socorrer con lo que necesite, y allí no haya.

El agua de las fuentes del Puerto de San José no es tan fina como la de este río, que es muy superior a aquella, aunque algo gruesa; es agua potable y muy sana; esto lo acredita la experiencia, pues al principio de la expedición, habiendo asaltado el escorbuto a nuestra gente, todos los que entraban en el hospital no salían sino para la sepultura. En vista de esto se mandaron a lo último todos los enfermos a las fuentes, y sin otra medicina que beber de aquella agua, todos convalecieron y volvieron sanos; y esto comiendo carne salada, por falta de dietas, y pan de pestilente harina. Luego parece que aquella agua es sumamente sana y el mejor antídoto del escorbuto.

Por todas estas circunstancias, por la facilidad y limpieza de éste y su entrada, por ser su fondo de buena tenazón, y por la proporcionada altura o situación en que se halla, me parece muy propio para que sirva de puerto de arribadas a las embarcaciones que navegan a la mar del sur.

He dejado correr la pluma, movido del fervoroso celo al servicio del Rey y a la nación; pues no quisiera que ninguna extranjera en ningún tiempo tuviese la gloria de enseñarnos lo que nosotros debíamos saber, haciendo ver al mundo nuestra ignorancia y pereza, cuando esto sucediese.

Asimismo me he dejado arrebatar al acordarme de ver en Buenos -121- Aires aquel raciocinio general sobre si puede o no importar al Estado la costa patagónica, haciendo la descripción de sus terrenos, aguas, temperamentos, frutas que produce y que puede producir, sin que la hayan visto ni pintada, ni entiendan su pintura; entre los cuales representan un gran papel aquellos que han estado aquí, o en San José, sin que hayan visto que terrenos son estos; pues su implicación, pereza, cobardía e ineptitud no les ha dado lugar a que se separen tal vez cuatrocientos pasos de la orilla del agua o habitación; y estos tienen en toda asamblea voto decisivo, y como están unidos con su pereza y aborrecen el trabajo, son los más empeñados en formar corrillos contra estos establecimientos. Pero si el fervoroso amor al servicio del Rey y a nuestra nación y deseo de trabajar, ha sido la causa de excederme, espero de la benignidad de usted, respecto a qué sabe y tiene experimentado mi procedimiento, modo de pensar y amor al trabajo, separará todo lo superfluo de este informe, o lo

olvidará todo junto, si no tuviere nada útil, a fin de que mi ignorancia se quede en el seno del olvido.

Dios guarde a usted muchos años. A bordo del bergantín Nuestra Señora del Carmen y Ánimas, Río Negro, y abril 24 de 1782.

Besa la mano de usted su más atento servidor.

Basilio Villarino

Señor don Francisco Viedma

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

